

Nació en Cerdeña, entre finales del s. III y comienzos del IV. Siendo muy joven se trasladó a Roma (AMBROSIO, Ep. 63), donde ejerció el ministerio del lectorado, fue discípulo de Liberio, el futuro papa, y probablemente tuvo familiaridad con los monjes egipcios exiliados junto con Atanasio de Alejandría. Su llegada a Vercelli, que ya era sede episcopal, pudo haberse producido tras una legación pontificia. Fue elegido obispo de aquella ciudad y consagrado en Roma por el papa Julio I el 15 de diciembre del 345.

Una vez en su diócesis, entonces vastísima, dio inicio a una obra de evangelización llevada con tenacidad y celo incansables, para arrancar a aquellas poblaciones, en su mayoría rurales, de los cultos paganos. Para ello fundó centros de evangelización, a los que se remontan, en su núcleo original, célebres santuarios en Piamonte, como Oropa y Crea. Para regular la vida del clero y asegurar nuevos pastores a las comunidades, fundó un «cenobio» en la ciudad episcopal llamando a vivir en él también a los aspirantes al sacerdocio, para que se preparasen al ministerio junto a sacerdotes, de modo que les sirviesen de guía. En ella recibieron la formación eclesiástica muchos futuros obispos, que dieron vida, en sus respectivas diócesis, a experiencias similares a las surgidas en Vercelli.

Otro rasgo importante y característico de la santidad de Eusebio fue la defensa de la fe ortodoxa contra los arrianos, por quienes simpatizaba Constancio II, que había impuesto la condena de Atanasio en el sínodo de Arles en el 353. Entonces el papa Liberio envió a la corte una delegación presidida por Lucifer de Cagliari, a la que tuvo que haberse unido Eusebio, para proponer la convocatoria de un nuevo concilio, que se celebró, de hecho, en Milán, donde, sin embargo, el emperador logró que Atanasio fuese de nuevo condenado. Mandado por carta del papa a acudir al concilio y obligado por el emperador a aceptar las deliberaciones, Eusebio fue a Milán decidido a defender la fe católica. Existieron tumultos sobre todo para impedir que Dionisio, obispo de Milán -inducido con engaño a condenar a



Atanasio- firmase el símbolo niceno. Intervino el emperador que impuso a todos reafirmar la condena ya pronunciada y decretó el exilio para los tres obispos que habían guiado la oposición al arrianismo y la fidelidad a la doctrina católica. Eusebio fue relegado a Escitópolis de Palestina, Lucifer de Cagliari a Capadocia y Dionisio a Armenia, donde murió. De las persecuciones sufridas por voluntad del emperador y de los obispos arrianos, Eusebio fue liberado por intervención de Juliano el Apóstata, quien, sobrino de Constancio II y sucesor suyo desde noviembre del 361, concedió algunos meses después la amnistía a todos los obispos exiliados por su predecesor.

En sus últimos diez años de vida, Eusebio se esforzó en organizar las comunidades cristianas laceradas por decenios de controversias y luchas. Con Atanasio, que también volvió del exilio, reunió en Alejandría a una veintena de obispos en aquel que Rufino llamó «el concilio de los confesores». Eusebio, por su parte, inició el viaje de regreso, deteniéndose en diferentes ciudades de Oriente, con el fin de poner paz en las laceraciones provocadas por la herejía. Llegado a Occidente, acudió a Roma para encontrar al papa Liberio, y desde allí llegó a Vercelli, tras una ausencia de ocho años. A pesar de encontrarse probado por la edad y los sufrimientos, Eusebio reemprende con fuerza su actividad pastoral, que sin duda representa la dimensión típica de su santidad. Su programa de organización de las comunidades cristianas en Piamonte dio vida a varias diócesis, en un proceso que se articuló en diferentes fases, incluso después de su muerte. Objeto de su solicitud pastoral también fueron las Iglesias de Iliria, para las que se convocó un sínodo, del que se tiene documentación en la carta enviada a los obispos de aquellas zonas del episcopado italiano, en el 364.

La vida de Eusebio se cierra el 1 de agosto del 371, y el santo obispo fue sepultado en la iglesia edificada por él sobre la tumba del mártir san Teonesto, transformada posteriormente en una gran basílica dedicada a su memoria. (Texto de G. Cremascoli)

EN UNA CARTA DESDE EL EXILIO DEJA TRASLUCIR SU TESTIMONIO DE FE Y SU CELO APOSTÓLICO

Así, ocupado un día tras otro en esta lectura, me imaginaba que estaba hablando con vosotros y me olvidaba de los sufrimientos pasados; así, me sentía inundado de gozo al considerar vuestra fe, vuestro amor y los frutos que de ellos se derivan, a tal punto que, al sentirme tan feliz, era como si de repente no me hallara en el destierro, sino entre vosotros.

Por tanto, hermanos muy amados, me alegro de vuestra fe, me alegro de la salvación, que es consecuencia de esta fe, me alegro del fruto que producís, el cual redundará en provecho no sólo de los que están entre vosotros, sino también de los que viven lejos; y, así como el agricultor se dedica al cultivo del árbol que da fruto y que, por lo tanto, no está destinado a ser talado y echado al fuego, así también yo quiero y deseo emplearme, en cuerpo y alma, en vuestro servicio, con miras a vuestra salvación. Por lo demás, esta carta he tenido que escribirla a duras penas y como he podido, rogando continuamente a Dios que sujetase por un tiempo a mis guardianes y me hiciese la merced de un diácono que, más que llevaros noticias de mis sufrimientos, os transmitiese mi carta de salud, tal cual la he escrito. Por todo ello, os ruego encarecidamente que pongáis todo vuestro empeño en mantener la integridad de la fe, en guardar la concordia, en dedicaros a la oración, en acordaros constantemente de mí, para que el Señor se digne dar la libertad a su Iglesia, que en todo el mundo trabaja esforzadamente; y para que yo, que ahora estoy postergado, pueda, una vez liberado, alegrarme con vosotros. (Del Oficio de Lectura)